

HISTORIAS DE ABUELAS

LA ABUELA JADVIGA FRISCH CUENTA SU HISTORIA Y LA INCANSABLE BÚSQUEDA DE SU NIETO NACIDO EN CAUTIVERIO

SU HIJO ALBERTO OSCAR SEINDLIS Y SU NUERA MARINA OESTERHELD, EMBARAZADA DE 8 MESES, FUERON SECUESTRADOS EN NOVIEMBRE DE 1977 EN ZONA SUR DEL GRAN BUENOS AIRES. SU NIETO O NIETA DEBIÓ NACER EN DICIEMBRE DE ESE AÑO.

Por Luciana Guglielmo

"Otra vez me rodeaba la muerte... la violencia... otra vez el miedo embotaba mi cuerpo... pero no podía bajar los brazos..." El Eternauta

Mucha gente pasa por esta vida sin cambiar una pincelada del paisaje, sin animarse a los cambios o a la trascendencia. Otros, viven cada minuto como si fuera el último. La historia de esta Abuela está cargada de matices y colores: alegrías, tristezas, encuentros y desencuentros. Pero se animó a vivirlos, a forjar su propio destino y a no bajar los brazos cuando la vida la golpeó duro. Sin duda es un ejemplo de perseverancia y fortaleza.

La Abuela Jadviga Frisch nació el 21 de junio de 1916 en Galitzia, Austria. Ciudad que, finalizada la Primera Guerra Mundial, pasó a ser territorio de Polonia.

Pertenecía a una familia adinerada, europea; tuvo una educación privilegiada. Su padre murió cuando ella era niña y su mamá volvió a formar pareja con un hombre que vino a la Argentina buscando trabajo. Jadviga quedó al cuidado de su abuela en Polonia con tan sólo 8 años y su mamá emigró a América en busca de nuevos horizontes. Jadviga sintió este hecho como una especie de abandono y sufrió mucho tener a su mamá lejos: recuerda una infancia muy feliz durante los años transcurridos al calor del abrazo materno, pero una adolescencia muy dura. Fue criada por su abuela y una tía que no eran buenas con ella. A pesar de las enormes distancias, que en aquella época, parecían ser más extensas por las precarias comunicaciones, su mamá se mantenía en contacto con la familia por carta y estaba al tanto de lo que pasaba con su pequeña Jadviga.

Corría el año 1938 y la situación en Europa no era nada fácil. La Segunda Guerra Mundial ya era un hecho. Hitler estaba al frente de Alemania y para aquel entonces, el líder nazi había anexado a su territorio Austria y Checoslovaquia. Su próximo paso era Polonia. Los fantasmas y las pesadillas de los campos de concentración y la persecución a los judíos era una amenaza para la familia Frisch.

Las noticias de lo que estaba pasando en Europa no tardaron en llegar a la Argentina, y así fue como la mamá de Jadviga escribió una carta a la Embajada Argentina en Polonia para que dejaran emigrar a la adolescente. Jadviga llegó al país a fines de 1938 y sus primeras palabras fueron: "Argentina es un paraíso". Ese día comenzaba una nueva vida para esta muchachita de tan solo 22 años.

No sabía ni una palabra de castellano pero, poco a poco, se fue familiarizando con el idioma. Vivió varios años con su madre y su padrastro. De Europa había venido con muchas amigas con las que paseó y disfrutó su nueva vida. Entre sus recuerdos, esta la pri-



La abuela Jadviga, en su casa, espera encontrar a su nieto.

SU MAYOR DESEO ES PODER ENCONTRAR AL HIJO DE ALBERTO Y MARINA Y PODER MIRARLO A LOS OJOS, ACARICIARLO Y SABER QUE ESE NIÑO PODRÍA RECUPERAR SU HISTORIA

mera vez que vio el mar: fue en Mar del Plata. En su ciudad natal había muchos ríos, pero nunca había experimentado la sensación de tener delante de sus ojos la inmensidad del océano.

Años después de estar en Argentina, en 1947 fue a entregar una carta proveniente de Europa a una familia que también vivía aquí, y conoció a Bernardo Seindlis. Se pusieron de novios y el 24 de marzo de 1948 se casaron. La situación económica del matrimo-

nio era muy buena. Él tenía una fábrica de fundición de metales y ella se dedicó a su casa. Soñaba con tener una familia muy grande. Había sufrido ser hija única y no quería volver a repetir la historia. En diciembre de 1948 Jadviga dio a luz a mellizos: Alberto Oscar y Clara Mónica y dos años después, nació Laura.

En 1954 Bernardo se enfermó y todo empeoró. Debió permanecer en cama y perdió la industria, después que lo estafaron. Jadviga sufrió mucho ese cambio. Siempre estuvo acostumbrada a tener lo mejor, pero había que salir adelante. La fortaleza y el coraje son virtudes que siempre la acompañaron en la vida y no iba a bajar los brazos.

Alberto

La Abuela tiene palabras halagadoras para su hijo. Lo recuerda como un alumno ejemplar, con facilidad para el estudio y para el dibujo. Hizo la primaria en el colegio alemán Cangallo y el secundario en el Mariano Moreno. Siempre estaba rodeado de muchos amigos. Jadviga hoy se ríe cuando rememora las veces que se escapaba

de chiquito por la playa cuando iban de vacaciones y salían a buscarlo toda la familia.

Jadviga fue una madre tierna; muy presente y estuvo al lado de sus hijos siempre, procuró que tuvieran una educación ejemplar y que supieran desempeñarse en la vida para forjar un futuro brillante. Les enseñaba a hacer las cosas de la casa por si algún día iban a necesitarlas. Tanto Alberto, como sus otras hijas, Clara Mónica y Laura, cuando terminaron el secundario, trabajaron para ayudar en su casa.

Los tres siguieron estudiando en la Universidad: Alberto ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas y fue allí donde comenzó su militancia en Montoneros. Jadviga y Laura recuerdan su cambio de aspecto. Antes, era un chico preocupado por su ropa y su forma de vestir. A partir de entonces se lo veía más desalineado y despreocupado por su apariencia.

Llegarían años duros en la vida de la familia Seindlis. En 1972 Bernardo se enfermó gravemente del corazón y tras dos años de padecimiento, en junio de 1974, falleció. En 1976, Clara

Mónica murió de cáncer después de 2 años de tratamiento. Fueron golpes muy duros para la Abuela, pero pudo sacar fuerzas y seguir adelante. Alberto ya no vivía con Jadviga y Laura para ese entonces se había casado. La situación en el país ya era muy peligrosa. La dictadura llegó para quedarse y la desaparición y persecución de jóvenes con ideas diferentes se apoderaron de aquella época. Alberto siguió militando para Montoneros. Jadviga recuerda que su hijo hablaba de injusticias, específicamente de la situación familiar de Marina, su compañera e hija del escritor Héctor Oesterheld, desaparecido, al igual que sus 3 hermanas mayores: Estela, Beatriz y Diana, embarazada de 6 meses y medio.

La Abuela recuerda la última vez que

LAS PALABRAS DE ALBERTO FUERON: "MARINA VA A TENER UN HIJO, VOS VAS A OCUPARTE DE ESE CHICO"

vio a su hijo. Se encontraron en una confitería de la calle Córdoba. Las palabras de Alberto fueron: "Marina va a tener un hijo, vos vas a ocuparte de ese chico". Ese día Jadviga conoció a Marina. Ella era psicóloga, la recuerda muy bonita y de poco hablar. También militaba en Montoneros y esperaban a su bebé para diciembre, pero nunca más se supo nada de ellos.

La pareja fue secuestrada a fines de noviembre de 1977 en zona sur del Gran Buenos Aires. Se presume que Marina dio a luz a su bebé en Campo de Mayo, como su hermana Claudia Oesterheld.

Su acercamiento a Abuelas

Después de la desaparición de Alberto consultaron con un abogado que recomendó no hacer nada ya que corrían el riesgo de quedar detenidas. Sin embargo, sabía que había un grupo de mujeres llamado Madres de Plaza de Mayo que se juntaban para unir su reclamo y hacerse escuchar con más fuerza; pero, después de todo lo sucedido, ya no tenían más energía para enfrentar a nada ni a nadie. Les habían dicho que esperaran a un gobierno democrático y así lo hicieron. Cuando asumió Raúl Alfonsín, finalmente realizaron la denuncia por la desaparición de Alberto en el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), en diferentes Tribunales y en la sede de Abuelas de Plaza de Mayo.

Jadviga había recuperado un poco de fuerza para seguir andando. Quería recuperar a ese nieto nacido en cautiverio. Al día de hoy le indigna la sola idea de que los militares pudieran usar a los pequeños como botín de guerra. Si hubiera tenido a ese nieto o nieta a su lado todo hubiera sido diferente. Ella le hubiera dado amor, una buena educación y un hogar. Durante mucho tiempo, mientras caminaba por la calle, en cada rostro imaginaba que aquel chiquito podría ser su nieto.

Jadviga hoy tiene 92 años y ya no sale de su casa. Le gusta leer y soñar con el encuentro. Su mayor deseo es poder encontrar al hijo de Alberto y Marina y poder mirarlo a los ojos, acariciarlo y saber que ese niño podría recuperar su historia. Muchos dicen que si se desea algo con muchas ganas, se cumple. Ojalá que la Abuela pueda tener a su nieto entre sus brazos. Y aunque los sueños, sueños son, a veces, se hacen realidad.